



P. Miguel de Bernabé

SEMBLANZA

P. MIGUEL DE BERNABÉ

SEMBLANZA

Fundación Padre Miguel de Bernabé
2020

© Fundación Padre Miguel de Bernabé, 2020
Primera edición: febrero 2020

ÍNDICE

	Página
Reseña biográfica	5
El hombre.....	7
El cristiano	11
El sacerdote	13
El pensador.....	15
El autor	17
El fundador	20
Epílogo.....	22

P. Miguel de Bernabé Ibáñez

Reseña biográfica

El padre Miguel de Bernabé nace en Salta, Argentina, en 1922, de padres españoles. A los 17 años ingresó en el seminario de Cádiz; en 1948 se ordenó sacerdote y fue nombrado sucesivamente beneficiado de la Catedral, capellán de las Hermanitas de los Pobres, profesor de Historia y Director Espiritual del Seminario de la Diócesis.

El origen de su obra está en la pregunta que se hacía de cómo responder a la persona que se acercaba, interesándose sobre qué hacer para ser cristiano auténtico. Se daba cuenta de lo mal preparado que estaba para responder a la cuestión, a no ser para guiarlo por el camino del cristiano monástico o monastizado.

En 1955 reunió a un grupo de jóvenes que le pidieron les dirigiera espiritualmente. En un principio siguió las vías ordinarias: un club, una asociación..., como tantos otros grupos, aunque con algunas peculiaridades: nada de compromisos añadidos a los del Bautismo, instrucción mucho más que moral, y mucha diversión y alegría.

Guiado por su amor a Dios y a la Iglesia, va renunciando a todos sus cargos hasta retirarse, en 1976, con un grupo de discípulos, a las cercanías de Chiclana de la Frontera, para trabajar en los males de la Iglesia actual y

sus soluciones y, en particular, en el desarrollo de la praxis seglar, sin abandonar lo que más valoraba: su labor sacerdotal. Tras muchos ensayos fue tomando forma el Gardendal, grupo creado en 2002, que posiblemente sea un modelo de comunidad genuinamente seglar. El Gardendal está presente hoy en Madrid y diversos lugares de España e Hispanoamérica.

Fue incansable apóstol, transmitiendo a todo el que le trató, y hasta el día de su muerte, el amor a Cristo y a la Iglesia que siempre le movió. Entregó su alma a Dios en Madrid, en 2018, después de catorce años de penosa enfermedad llevada con ejemplar espíritu cristiano. Su extensa obra es hoy cuidada y difundida por la Fundación que lleva su nombre.

Conozcamos a grandes rasgos algunas facetas de su personalidad.

El hombre

El padre Miguel de Bernabé era de carácter afable, temperamento tranquilo, con una fuerza interior arrolladora, de mirada viva y penetrante, inteligente, culto, tenaz, disciplinado, educado, elegante, de porte señorial dentro de la sencillez, ordenado, riguroso, amable, delicado con los demás, muy sensible a lo espiritual y a lo artístico, con una sonrisa franca y una alegría contagiosa.

Este retrato que puede resultar exagerado para el que no lo conoció, es real. Naturalmente, no nació así y tuvo que luchar, entre otras cosas, contra su carácter retraído y su timidez, y desarrollar todos los talentos que recibió, forjando su temperamento para limar todo lo que supusiera obstáculo para acercarse a los demás y ganarlos para Dios. Él mismo, en sus *Recuerdos Espirituales*, esboza breves retazos de su personalidad en su niñez. Dice: «Yo era uno de esos niños que nacen buenos por naturaleza (aunque, naturalmente, el ser virtuoso es cosa que en los años futuros se decidirá); pero por natural condición era de buena índole, tenía una cara risueña y un aire cándido que, según los que me trataban, me hacía muy simpático».

Era de natural religioso. A la edad de siete u ocho años, acompañando a su hermana que cantaba en el coro, Miguel tuvo en el Santuario de la Inmaculada, en La Línea de la Concepción donde entonces vivía, una experiencia espiritual que fue el inicio de un amor a la Virgen que le

marcaría toda su vida. Dieciocho años después, celebraría en ese mismo Santuario su primera misa como sacerdote.

De su timidez en estos años, cuenta en sus *Memorias*, revelando su carácter, cómo se entretenía de niño en el patio de su casa: «Siendo un niño retraído, nunca salía a la calle, y pasaba todos los días en este patio que hacía mis delicias, porque era donde me entregaba a las lecturas de los libros que podía recoger debido a que mi madre detestaba el vernos con un libro entre las manos (que no fuera de estudio)».

Con catorce años, y ya fallecido su padre, la tragedia golpeó brutalmente a la familia. Veraneando en un pueblo de Málaga, Gaucín, les sorprendió el estallido de la Guerra Civil. Su hermano Vicente, de dieciocho años, fue encarcelado y fusilado simplemente porque era «de los que iban a misa».

La familia, destrozada, volvió cuando pudo a su casa de La Línea. El padre Miguel cuenta en sus *Memorias*: «Esta tragedia me impresionó, como es natural en un adolescente de catorce años. Y al año siguiente, sin pensarlo mucho y sin saber bien lo que era, le dije a mi madre que quería ser sacerdote. Ella se apresuró a llevarme al párroco y casi sin darme cuenta... porque ¿qué vocación era la mía?; ¿qué quería yo decir cuando manifestaba querer ser sacerdote? Y así fue como un buen día, me encontré seminarista. Se cumplió una vez más lo del refrán: Dios escribe derecho sobre renglones torcidos».

Luego vino el sacerdocio, y el curarse en el combate de sus defectos y el desarrollo de sus cualidades, progresando en el amor a Dios y en la entrega a los demás y a la Iglesia.

Él, que por temperamento amaba la soledad y el aislamiento —más de una vez comentó que hubiera sido feliz de cartujo— consumió su vida siempre rodeado del bullicio y la alegría de jóvenes y mayores, a los que espiritualmente dirigía. Era tan interesante y entretenido que, desde que fue sacerdote, puede decirse, casi literalmente, que nunca comió solo, pues siempre había un numeroso grupo que quería aprovechar ese tiempo para poder estar con él.

Sin buscarlo, se convirtió en el gran líder que llegó a ser, que no necesitaba dar órdenes para que le siguieran, ganándose la confianza de todos.

Tenía un sentido del humor fino y elegante, nada que ver con lo chabacano, que detestaba. Sabía, pedagógicamente, poner una nota de humor aun en los temas más serios, para distender un poco la carga del momento. Para divertir a quienes estaban con él, en ocasiones leía, magistralmente, fragmentos de obras de D. Pedro Muñoz Seca, al que admiraba por su ingeniosidad y gracia, haciendo pasar a sus contertulios momentos de una hilaridad desternillante.

Y llegó la prueba de la enfermedad. Con ochenta y dos años contrae un extenso herpes zoster en la espalda.

Poco después, accidentalmente se fractura el fémur y, tras varias operaciones, humildemente aceptó la dependencia que desde ese momento tuvo de otras personas. Pero lo que le mortificó sobremanera, hasta el último día de su vida, fue la dolorosa neuralgia resultante del herpes, que le impidió desde entonces cubrirse la espalda. Cuenta la persona que le atendía, que le oía quejarse de dolor cuando se encontraba solo; pero que cuando entraba a atenderle, siempre le recibía con una sonrisa de agradecimiento, como si no le doliera nada. Así amaba al prójimo, procurando constantemente no ser gravoso y evitar trabajo a los que le atendían.

Hasta que le abandonaron las fuerzas, aun enfermo, continuó trabajando como pudo. Tres meses antes del 1 de marzo, día en que murió, acabó su «Programa de Formación para Seglares» y su último libro: «El Evangelio Vivido».

El cristiano

El padre Miguel de Bernabé no es que hiciera cosas espirituales, es que él lo era; de modo que, cuando hablaba, entretenía, instruía o enseñaba a sus discípulos —hasta en el arte de la diversión— se notaba, sin necesidad de expresarlo, que su referencia era Cristo y el Evangelio, y transmitía su amor a Dios; pero todo esto sin afectación ni lenguaje artificioso, sino con la naturalidad y alegría del que centrado en Él, vive lo que enseña.

Era constante su ejemplo y empeño en resaltar entre los cristianos el Mandamiento Nuevo de amarnos los unos a los otros como Cristo nos ama, designado por el Señor como señal de identidad de los cristianos, y reprendía con afecto, aunque con firmeza, las faltas de amor al prójimo que observaba.

Enseñaba cómo se alcanza la felicidad amando a Dios con una alegría tan contagiosa que todos buscaban su compañía. En las tertulias a las que asistía, bastaba echar un vistazo al salón lleno de gente para saber con seguridad en qué grupo estaba: en el grupo con más risas, más animado y alegre, allí estaba él.

Los domingos, después de celebrar misa, era frecuente verle llegar con una cuartilla en la mano recién escrita. Quienes con él estaban sabían que aquello eran sus reflexiones después de celebrar la Eucaristía y que serían un regalo. Solía decir, que a punto había estado de tirarlas a

la papelera porque no le parecía que valieran nada; pero, ante la duda de si podían ayudar a otros, humildemente, en un gesto de delicada generosidad, por amor a Dios y por lo que pudiera servirles, exponía con pudor su alma a la vista de quienes le escuchaban. Como comentan quienes vivieron aquellos momentos: «Cuando nos las leía, con aquella voz suya, pausada, marcando con leve énfasis lo importante..., quedábamos como embobados por las cosas que decía, y nos elevaba el espíritu a la vez con suavidad y entusiasmo hacia Dios, con sólo dejarnos llevar por sus palabras, su tono..., y lo que de amor a Él nos transmitía».

Incansable apóstol, habló de Dios «a tiempo y a destiempo». Desde los comienzos de la formación de aquellos primeros jóvenes, como hemos dicho, rara vez comía solo, ya que consideraban un privilegio acompañarle y disfrutar de su amena y siempre interesante conversación y de sus enseñanzas. Ya enfermo de muerte, en Urgencias del último hospital que le acogió, consumió casi sus últimas fuerzas queriendo ganar para Dios a los médicos que le atendían.

El sacerdote

Nada más comenzar su vida como sacerdote, el padre Miguel no se limitó a cumplir el cargo encomendado de capellán de las Hermanitas de los Pobres, sino que al enfrentarse a la pregunta de cómo ayudar en la práctica a otros a ser cristianos se puso a la tarea, olvidándose de sí mismo y de su porvenir como sacerdote, renunciando a lícitas aspiraciones y aficiones, ofrecimientos de cargos, y a un futuro que se le presentaba tentador y para el que estaba magníficamente dotado, y se entregó a dirigir y formar como seglares a un grupo de jóvenes. Aquello fue un heroico salto al vacío, ya que puso en manos de unos cuantos jóvenes su porvenir, su futuro..., trabajando, tanteando, estudiando..., con dedicación completa de tiempo y esfuerzos, aunque sin renunciar por ello a sus obligaciones como sacerdote y como beneficiado de la Catedral. Esta tarea de investigación al servicio de la Iglesia y de los seglares continuó hasta el día de su muerte.

La espiritualidad del padre Miguel de Bernabé, estaba marcada por una delicadeza y sensibilidad para con Dios, que transmitió constantemente tanto en momentos cotidianos —como una conversación— como en momentos muy especiales, como cuando celebraba la Misa, en la que era frecuente se emocionara tanto que se quedaba en suspenso durante largo rato, hasta que podía proseguir. Algunas veces dijo, que si él pudiera celebrar la misa solo, dejándose llevar, no sabía cuánto tiempo duraría.

Decía que una de las misiones del sacerdote era «sensibilizar lo Divino» y quienes le conocieron comprobaron que el padre Miguel lo conseguía constantemente con todos los que se acercaban a él. Era fiel al uso de la sotana, que consideraba de gran ayuda para el sacerdote y una seña de identidad, y rezaba diariamente el Breviario del que no se separaba ni en los viajes. Con humor, explicaba que a veces le faltaban dedos y cintas para señalar en el libro las oraciones, por lo complicado que era.

Cuando iba a celebrar la Misa, se le veía llegar a la sacristía para revestirse, sonriente, con una cuartilla en la mano con el esquema de la homilía, y era frecuente que dijera a los acólitos en voz baja: «No me ha salido hasta última hora, afeitándome...». Luego, se concentraba y abstraía, y a medida que se revestía con los ornamentos se revestía también de dignidad, como si tomara conciencia de la grandeza de lo que, como sacerdote, iba a celebrar a continuación. Sus homilías (al tiempo que interpelaban) agradaban y ayudaban extraordinariamente a todos, pues su predicación sencilla, profunda, pausada, breve, calaba en quienes le escuchaban, instruyéndoles con sólidas y sencillas enseñanzas siempre acompañadas de casos, anécdotas, ejemplos..., que ayudaban a asimilarlas.

El pensador

Quizá lo primero a destacar en este aspecto del padre Miguel es su gran afición desde niño a la lectura, en particular de libros de historia que leía con avidez. Esto, unido a una inteligencia excepcional, una memoria más que notable, una capacidad de síntesis extraordinaria y una sólida espiritualidad, le permitió abordar y profundizar en multitud de variadas cuestiones.

Estudioso y gran conocedor de la Historia en el sentido más amplio y profundo, adquirió, en especial, vastos conocimientos sobre los grandes Imperios y las grandes revoluciones, en particular de la Revolución Rusa. Cuando hablaba de algún personaje histórico, lo hacía con tal conocimiento —además de erudito, vital— que daba la impresión no solo de conocer bien a la persona sino de haber vivido junto a él.

Dedicó sus talentos al estudio de los problemas tanto del mundo como de la Iglesia, y en especial a la cuestión vital de los seglares, desarrollando teorías y praxis, de las que tan necesitada está la Iglesia. De la aplicación de las mismas puede resultar, en lo seglar, un esplendor similar al que supuso la reforma de San Benito para el Orden Monástico. Fundó el Gardendal; un genuino grupo seglar—actualmente en expansión— y una muestra real de los resultados de la aplicación práctica de sus teorías.

Los resultados de sus investigaciones y trabajos han quedado recogidos en sus numerosos escritos, grabaciones, tesis, ensayos..., en gran parte aún inéditos, y probablemente llamados a tener gran trascendencia en el futuro para la Iglesia y el mundo.

Por citar algunos, podría destacarse: la *Guía del Hombre*, que ayuda a quien la sigue a dar respuesta, con solo la razón, a las grandes preguntas que todo hombre debe hacerse; *Teoría, definición y praxis del seglar*, vitales para la Iglesia dado que en lo referente al seglar está casi todo por hacer; *El Evangelio en Ideas*; en el que el padre De Bernabé, con absoluta fidelidad al texto evangélico, muestra lo que Cristo dijo acerca de Dios, de sí mismo, de sus discípulos y de su Iglesia; *Askesis, el viaje misterioso*, una guía práctica para ayudar a los cristianos a subir por las etapas espirituales hasta alcanzar el pleno amor a Dios; *Tipología vs Espiritualidad*, donde expone la importancia y la técnica de conocer la propia tipología y que está orientada a la felicidad y al progreso espiritual; *El Mensaje Bíblico Mundotécnico*, redescubriendo el oscurecido mandato de Dios en el Génesis, fundamento de la misión de los seglares; *Mundotecnia*, genial exposición de una ciencia y técnica para construir el Mundo Ideal, tarea específica del seglar; *Programa de Formación para seglares*, que instruye extensa y detalladamente sobre la praxis de los cristianos seglares y, como apologeta, en su escrito *Los Adversarios del Evangelio*, desmonta eficazmente las nuevas y viejas falacias del neomodernismo.

El autor

A lo largo de su vida, el padre Miguel de Bernabé, cultivó diversas artes y disciplinas, siempre respondiendo a su celo por las almas, para ayudar a la Iglesia y a los seglares de todos los modos posibles a su alcance.

Su delicadeza espiritual, su sentido artístico, su conocimiento de la Historia y del hombre, su dotes literarias y musicales..., le permitieron realizaciones espléndidas en forma de libros y relatos, composiciones, edificios, jardines, fuentes...

Escribió con una prosa amena, sencilla, rigurosa y culta, siempre en lucha contra la verborrea —que en el clero consideraba muy dañina—, practicando la brevedad y huyendo del lucimiento literario y la pomposidad en aras de ser entendido por todos. Así, en *El Evangelio Olvidado* y en *El Evangelio Vivido*, consigue que el lector pase de simple espectador a casi partícipe de los acontecimientos. En sus pedagógicos escritos abundan la anécdota, el ejemplo y hasta la chispa de humor, todo orientado a la fácil transmisión de las ideas, aun las más complicadas. En muchos de ellos deja traslucir su profunda espiritualidad y el conocimiento del alma humana; como en *Flash Espiritual*, colección de pensamientos y reflexiones sobre los más variados temas espirituales y de praxis seglar. En *Salmos y Oraciones*, expone su alma al lector con el fruto de sus meditaciones y diálogos con

Dios, en un gesto de delicada generosidad, por amor a Él y para ayuda del prójimo.

En su escrito *Maravillosa Santa Teresa*, a la que tenía una gran devoción y por la que sentía una especial simpatía, relata de forma vívida y atractiva la vida e inquietudes espirituales de la santa, con un estilo sencillo y pedagógico para aprovechamiento del que busca la santidad.

El padre Miguel, en sus libros de viajes: *San Petersburgo, la ciudad del sol de medianoche* y *Guía de Roma*, despliega sus conocimientos de historia y dotes de narrador, ofreciendo al viajero no solo una guía de la ciudad, sino el placer de disfrutar de muchas anécdotas y datos de interés sobre personas y lugares.

Alejandra y Atlania, fueron dos proyectos que le hubiera gustado terminar, siempre pospuestos por otros trabajos más importantes. La primera, una biografía de la última emperatriz de Rusia; la segunda, de mucho más calado, una ficción novelada del Mundo Ideal que imaginó aplicando las propuestas de su Mundotecnia.

Sobre su faceta como músico, en sus *Memorias* dice: «A estas memorias le faltaría un elemento fundamental si no tratara el tema musical puesto que junto con la historia, la música compone mis dos aficiones favoritas». La música fue para él más que una afición, ya que fue organista en la Catedral de Cádiz en su época de beneficiado.

Sus interpretaciones tenían «alma» y cuando entrete-
nía a los que con él estaban lo hacía «elegantizando», val-
ga el neologismo, hasta las piezas más populares.

En música religiosa, compuso, entre otras menos ex-
tensas, el *Oratorio de Navidad* y el *Oratorio de Semana San-
ta*, y en música profana, la suite *Músicas y Leyendas del
Wikendal*, una serie de cuadros de música descriptiva,
complemento de sus respectivas leyendas. Inolvidables
son, también, sus interpretaciones de melodías bellas y
románticas para acompañar paseos nocturnos por los jar-
dines que llamó *Nocturnatas*.

No puede omitirse su faceta de diseñador de edificios y
jardines. El Wikendal y los gardendales son buena prueba
de ello, donde se funden con ingenio y armonía la casa
y el jardín, compartiendo protagonismo, funcionalidad y
elegancia. Los estanques y las fuentes, las columnas y los
parterres crean ambientes, rincones..., donde la Belleza
lleva a Dios.

El fundador

Fundador es algo que nunca quiso ser. El padre Miguel de Bernabé siempre tuvo conciencia de que los cristianos seculares necesitaban organizarse y agruparse, y no en razón de un carisma o unos votos, ni nada especial, sino por los propios Compromisos del Bautismo —más que suficientes— con una instrucción en cristianismo sólida y práctica, y mucha alegría y diversión.

Se resistía a la idea de fundar algo que ya de alguna manera existiera en la Iglesia; así que, en los comienzos, con el primer grupo de jóvenes, emplearon meses en buscar entre todas las instituciones existentes por si había alguna con las características deseadas. Dice en la *Historia del Gardendal*: «Y aún insistimos en revisar libros, folletos..., de instituciones actuales por si podíamos detectar la existencia de alguna que nos librara —yo era consciente de mi deseo de rehusar una duplicación— del trabajo de fundarla». Por fin, en 1967, al no encontrar ninguna, se decide a fundar la Organización de Católicos Seglares, a título provisional y que fue evolucionando con diversos ensayos y cambios, incluso de nombre.

En 1976, con el grupo más consolidado y las ideas sobre seglaridad algo más desarrolladas, se retira con algunos discípulos a trabajar, además de en la solución de los problemas de la Iglesia actual, en el desarrollo de un marco y praxis seculares.

Poco a poco, el padre Miguel con sus discípulos, va dando forma a las ideas y marcos del que acabaría siendo grupo Gardendal. Después de nuevos estudios y ensayos, va perfilando además la conveniencia práctica en los seglares de la proximidad de sus viviendas para así mejor ayudarse en la vivencia del Cristianismo. Como él decía, elegir tus propios vecinos no es una cuestión de espiritualidad, sino de inteligencia y oportunidad. Nacen así los gardendales: una forma de comunitariedad seglar nueva en la Iglesia, primero en Chiclana de la Frontera y luego en Madrid.

En 2002, el padre Miguel de Bernabé da forma definitiva al grupo de cristianos seglares Gardendal.

Él, que al principio se resistía a fundar, dócil a las inspiraciones del Espíritu Santo, dedicó su vida a crear para la Iglesia un nuevo modo de vivir para los seglares, con la esperanza, si era deseo de Dios, de impulsar una nueva praxis auténticamente seglar.

En su libro *Flash Espiritual* dice de los gardendales: «Deberíais comprender que os ha concedido Dios realizar un modo de vivir tan noble y nuevo, que los hombres admiran y a los ángeles alegra».

-----OOO-----

Epílogo

Ha sido el propósito de esta semblanza mostrar, de manera sucinta, la figura y personalidad del padre Miguel de Bernabé. Un hombre de Dios, un hombre de Iglesia, un hombre de mundo, que amando apasionadamente a cada uno y por ese orden, se entregó en cuerpo y alma a la Evangelización con un lenguaje nuevo, y a la colosal tarea de proporcionar a la Iglesia una teoría y praxis auténticamente seglar; al mundo, la Mundotecnia; y a los seglares, un modelo de grupo: el Gardendal.

LAUS DEO

Fundación Padre Miguel de Bernabé

Madrid



Fundación Padre Miguel de Bernabé

www.fundacionpadremigueldebernabe.org